



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

## EXAMEN DE CONCIENCIA

Señor director de LA NACIÓN:

*El comienzo de la salud es conocer el hombre la dolencia del enfermo, dice sentenciosamente Sempronio en «La Celestina.»* Y si es, sin duda, el *conócete a ti mismo* principio de regeneración para el individuo, esto es tan alto ó mayor grado aun, para un pueblo.

Lo que más esperanzas de resurrección nacional nos infunde á no pocos españoles es el ver que, destruida la que llama doña Emilia Pardo Bazán nuestra leyenda de oro, empieza este pueblo á darse cuenta de sus cualidades buenas y malas, y de las ingravidades del suelo de que se sustenta. Hasta se ha señalado una reacción peligrosa á la antigua é indolente confianza, una idea tal de la propia impotencia que podría acarrearlos tristes males. Es la última forma que nuestra tradicional indolencia reviste. Porque si ha sido común en España encubrir la impotencia con el pretexto de haraganería, y decir un «si yo quisiera»... para tapar el «no puedo», va ahora cundiendo el encubrir la haraganería bajo el manto de la impotencia diciendo: «pero si no podemos...» *Se hace un poder*, como reza el vigoroso dicho.

Nadie mejor que el Sr. Salillas, que yo sepa, en su libro *Hampa*, ha estudiado la raíz fisiológico-sociológica del picarismo en la antigua España, de lo que llamamos hoy aquí *golfería*. Era la falta de suficiente área de sustentación, la pobreza del suelo lo que engendró los instintos nómadas y trashumantes, gitanescos, el beduinismo que lleva en la sangre el castellano, con sus manifestaciones picarescas todas.

Dicron en la literatura como flor una originalísima especie de novela, de dilatada prosapia en Europa toda. Y en cuanto llevo leído acerca de los gauchos (lo último ha sido el *Juan Moreira*), descubro no pocas huellas de nuestro castizo picarismo.

Un norteamericano, Frank Wadleigh Chandler, en una tesis de doctorado acerca de las novelas picarescas (*Romances of roguery*, New York, 1899), presentada á la universidad de Columbia, hace notar que «así como el valor del paladín fué reemplazado por la astuta cobardía del ratero, así la guerra contra monstruos y encantadores sucumbió al común conflicto contra el hambre y la sed». Si, el ingenioso hidalgo, al que «su olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura, los domingos, consumían las tres partes de su hacienda», podía vestirse aun de vellori de lo más fino y, libre del trabajo, enfrascarse en sus libros de caballerías. Era sobrio, muy sobrio, como su casta toda. Pero cuando se empareció aún más el pobre hidalguelo, por huir del trabajo, cayó en trabajos, y Don

Quijote se convirtió en el pícaro Guzmán de Alfarache ó en otro busca-vidas por el estilo, no sin cierta nobleza en el fondo, pero tan en el fondo que era como si no la tuviese. Necesidad obliga. Los que quedaron en el esquilmo pegujar paterno dedicáronse á sonsacar con destreza ó servilismo parte de su botín á los que de las Indias volvían. Y brotó aquella interesante sociedad de mendigos, buscones, pícaros, parásitos, nobles, frailes y soldados, que tan honda huella nos ha dejado. La cuestión era no trabajar. «¡Fortuna te dé Dios, hijo!»

Problema más grave de lo que parece, pues fué lo ingrato del suelo unido á lo grato del sol, del sol «al que se expulga la canalla» que dijo Quevedo, al sol que hace á la gente sobria, lo que les hizo flojos, y la flojead indolentes y la indolencia pobres y la pobreza flojos, cerrándose así el terrible círculo vicioso. La impotencia engendró haraganería, y la haraganería impotencia.

Todo se quiere tomar por asalto y de sorpresa, en fuerza de ingenio, aguzado por la necesidad, y no de genio, que quiere decir ~~pasividad~~ *pasividad* ~~que de ser sabio~~ *conciencia. En conciencia*

se trata de parecerlo, y en literatura ó sentencias paradójicas, de una concisión forzada, ó ampliaciones retóricas que encubren, igual que aquéllas, irremediable ramplonería de fondo. La ciencia ha de ser infusa.

*Time is money*, el tiempo es dinero, dice el inglés, y en semejante dicho se retrata. Entre nosotros también juega un gran papel el tiempo; en este *the land of mañana* como dicen los mismos ingleses. Aquí se hace tiempo para matarlo; se pasan las horas muertas (hermosa expresión!) haciendo que hacemos, y se llama ganar tiempo á perderlo.

La mitad, y si no la mitad, las dos terceras partes de los españoles de carrera liberal, se pasan la mitad del tiempo de vigilia jugando al tresillo, á ese ominoso tresillo que es una de las mayores plagas nacionales, derrochando tiempo y jugo cerebral.

No ha mucho que llevaron de Granada á Madrid un dicharacho muy sugestivo. Preguntándole á uno si se llamaba Sáinz Pardo ó Sáiz Pardo, contestó: «es igual, la cuestión es pasar el tiempo». Y con esta cuestión de pasar el tiempo ó de matarlo, relaciono el que Amiel metiera en su trabajado francés ginebrino nuestra palabra *nada*, como indiscutible. ¡Y decir que *nada* significó *algo*, cosa nacida (*nata*)!

La vida es sueño... y ¡para lo que hemos de vivir! No por mucho madrugar amanece más temprano. A raíz de nuestro desastre se ha dicho en Europa que somos un pueblo muy filósofo. Es esta filosofía nuestro subsuelo, nuestra riqueza (si aprendiéramos á explotar esa mina de la resignación, convirtiéndola de pasiva en activa, de indolencia en paciencia! Hay un cantar andaluz hermosísimo, que revela el último fondo del beduinismo indolente y fatalista que aquí ha dominado, la más íntima filosofía de la casta castellana (en la que incluyo al andaluz), casta de espíritu triste á pesar de ciertas apariencias. El cantar dice:

Cada vez que considero  
que me tengo de morir,  
tiendo mi capa en el suelo  
y no me harto de dormir.





No hace mucho estuve en Madrid, saliendo de este mi fecundo retiro; me chapucé en los círculos literarios; volví á ver de cerca á la bohemia de la corte, y pude observar, una vez más, esa ingénita indolencia. Jóvenes de positivo valor, pero que llevan en el alma el fatal peso de generaciones de vagos é impotentes, se limitan á dar «una vuelta á la manzana» viviendo en la felina indolencia de su golfería literaria. Felina, tal es la palabra; felina, de nerviosidad contenida; entre dormir y adobarse. Como los gatos, son estetas. Pero si les pisan el rabo, arquean el lomo y sueltan un bufido arizando las uñas. Y por dentro se ve la necesidad, nada más que la necesidad. Es cosa muy triste.

Es el picarismo literario, que hace á los Guzmán de Alfarache de nuestras letras. ¡Qué ingenio derrochado en las mesas de ingenio sin sustento de cultura, sin el meollo que da la meditación! Si esos chicos de la prensa no tuvieran que habérselas con el «común conflicto contra el hambre y la sed» que dice el bueno de Wadleigh Chandler, que si se les asegurase la olla de algo más vaca que carnero y sus lentejas los viernes, aunque no tuvieran el palomino de añadidura los domingos, ¡qué bravamente pelearían contra nuestros monstruos y encantadores, resucitando á D. Quijote bajo el picaro Guzmán!

Y así la literatura vive mal porque no responde á necesidades naturales del pueblo; no brota de eflorescencia de vida; no es cogüelmo de energía y de vitalidad, y tiene, por lo tanto, que ser de imitación. El literato suele ser ó por vanidad ó por que no sabe hacer otra cosa. Y la prensa mata á la literatura, obligándola á ser al por menor, al detalle. Todo ello agravado por un triste fenómeno y es el de la sobra de codicia unida á la falta de ambición. La cuestión es pescar algo seguro. ¡Otro gallo nos cantara si en acrecentar lo heredado pusiésemos la mitad del esfuerzo que en conservarlo ponemos! Nuestros literatos (y hablo de esta actividad nacional, por ser la que mejor conozco) son en el fondo modestísimos; el que más pica se da por satisfecho si le comparan con tal ó cual ingenio extranjero, llamándole, v. gr., el Bourget español; apenas hay quien aspire á ser incomparable. En el público universal... ni soñar siquiera; contentarse con llegar á gallitos del cotarro nacional.

El cuadro es sombrío, bien lo sé, pero de que vamos dándonos todos conciencia de tal estado saco esperanzas de regeneración. Así que el actual desaliento se temple, espero que nos pongamos todos á combatir la alianza de la haraganería con la impotencia. Síntomas de ello se observan.

Las costas adquieren vida más robusta cada vez; las razas costeras, hasta hoy bastante apartadas de la cultura nacional, empiezan á pesar sobre el beduino central. Vascos, catalanes, asturianos... aprietan más y más cada vez, y al esplendor material de sus regiones seguirá eflorescencia artística, científica y literaria. La industria nos traerá cultura creando necesidades.

Porque es lo que aquí más falta hace; crear necesidades; acabar de una vez con esta tan ponderada sobriedad castellana que

café,

nos está perdiendo, con esta sobriedad, madre de la codicia, para que venga la insaciabilidad, madre de la ambición, que lo es, á su vez, de las grandes y generosas empresas. La generosidad no es más que rebasamiento de vida; el que la tiene de sobra, la da. Crear necesidades, porque tan malo es apetito sin pan como pan sin apetito, que Dios da almendras al que no tiene dientes. Y empiezan á crearse necesidades, corporales primero, á las que seguirán las otras.

Repítese hoy aquí mucho que no en el suelo, sino en el subsuelo de España está su mayor riqueza. Y así sucede con la raza; no en el suelo de su alma, único casi que hasta hoy se ha cultivado, y con arado romano, sino en su subsuelo, en sus entrañas espirituales, está su mayor riqueza. Lo he dicho más de una vez; hay que buscar á Alonso el Bueno debajo de Don Quijote. La misma sobriedad y el estoicismo con que se acogen las desgracias, encierran riquísima ganga. Puede hacerse de los caracteres nacionales, impropios para el cultivo extensivo á que se los sometía, preciosas virtudes, si echándolos en los altos hornos de la cultura europea, se logra separar en ellos la vena de la escoria.

Y los que han empezado de mineros zappingo el subsuelo material, el del terruño, acaso sean los precursores de los mineros del espíritu colectivo. ¿Por qué no he de decirlo si lo creo? De las regiones industrializadas, de mi país vasco sobre todo, desparrámanse por toda España á denunciar minas. Cuando esas regiones acaben de europeizarse ¿no han de desparramarse sus hijos á denunciar los ricos veneros del espíritu nacional, hasta hoy enterrados bajo la pesada capa de los aluviones de la retórica castiza? Por esto predico la guerra al casticismo, por ultra-castizo, ó mejor dicho, intra-castizo.

Hasta en la lengua, el clásico y acompañado castellano, solemne y ampuloso cuando no esquinado y duro, tendrá que sufrir las arremetidas de gentes que pensamos en ritmo más rápido, más variado y más complejo; el periodo cervantesco ó solisiano tendrá que disolverse en un decir más nervioso.

lengua

Hay que esperar aún mucho de este pueblo que, nuevo Segismundo, como decía el malogrado Ganivet (un europeo que perdimos) vuelve tras siglos de gloria á su cueva, y se dice que la vida es sueño y sueño su áurea leyenda, añadiéndose que «obrar bien es lo que importa», que el obrar bien «ni aun en sueños se pierde». Y obrar bien es trabajar.

Allá, en mi tierra vasca, y en todo el litoral cantábrico, los capitales que de América traen los *indianos* (indiano era mi padre) son uno de los más poderosos factores del despertar económico. ¿No nos ha de venir también de las Indias alguno que otro capital espiritual, ahorro de energía y pensamiento, que nos ayude en el despertar del espíritu?

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Salamanca, febrero de 1900.

